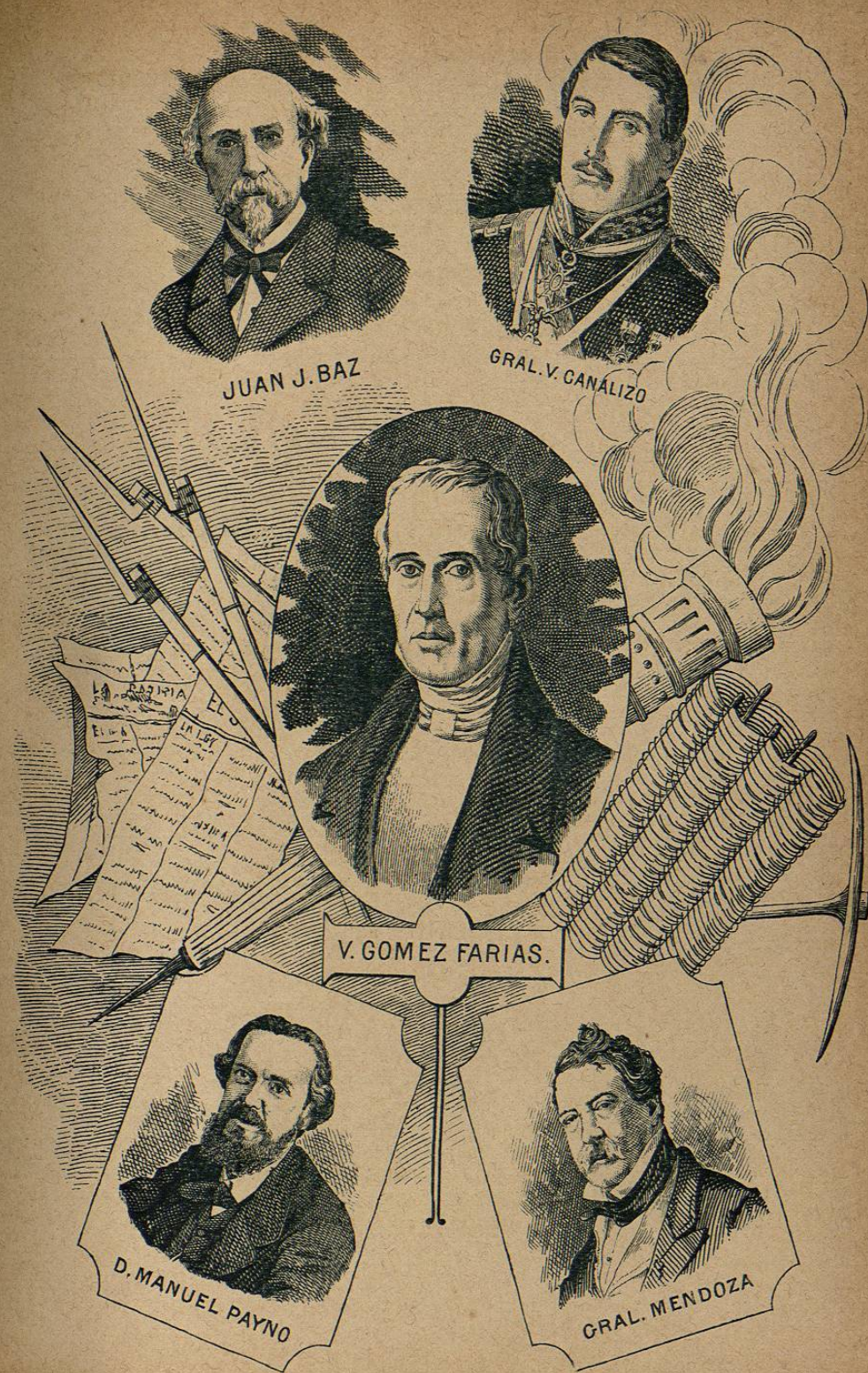


O cual volubles veletas
 Que van por donde va el viento,
 Y que, viva el rey, exclaman
 Dejando atrás al rey muerto.
 Así, cuando de los polkos
 La mala suerte sintieron
 Los varones de la Iglesia,
 Las ratas de los conventos,
 Persignándose los frailes
 Súbito desaparecieron.
 La Iglesia lloró pobreza;
 Esparcióse el descontento;
 Y amenazantes sonaban
 De catástrofe los truenos.
 Peña y Barragán llevaba
 Dentro del pecho un infierno
 Al mirar á sus aliados
 Entregarse al blando sueño;
 Y para exponer sus ansias,
 Y de ira y de rencor lleno,
 Mandó ver al Arzobispo,
 Y dió la encomienda á Prieto.

VI

ENTREVISTA.

El Arzobispo Irizarri
 Era de corta estatura;
 Como de marfil el rostro
 Que anunciaba bondad suma;
 Pero en sus ojos pequeños
 Brillaba inquieta la astucia,
 La mirada indagadora,
 Y la reflexión profunda.
 Habitaba en una casa
 Por San Cosme, baja, oscura,
 En un rincón olvidado,
 Como á la garita adjunta;
 A la entrada el emparrado,
 Arboles de sombra y frutas,
 Y la habitación en alto
 Entre las ramas oculta;
 En una estancia apartada
 Sin cortinas ni pinturas,



Al frente de tosca mesa,
Y ardiendo una luz confusa
Estaba el Santo Arzobispo
Con morada vestidura,
Con la cruz de oro en el pecho,
Humilde las manos juntas,
Y un Santo Cristo precioso
Que elevaba su figura
Como imperando en los libros
De las Santas escrituras.

VII

DIALOGO.

¿Qué queréis? le dijo al polko
El taciturno Arzobispo.
—«Yo quiero que su Ilustrísima,
Bondadoso y reflexivo,
La alta misión considere
Que me conduce á este sitio:
Dice el General en Jefe
Que se levantó atrevido
Abrazando vuestra causa
Con esfuerzos inauditos,
Que cumpláis cual caballeros
Los pactados compromisos;
Que sordos á los clamores
De la hambre y de los peligros
Os mostráis á nuestras penas
Indiferentes ó tibios;
Y que si no dais dinero
Nos veréis en mil conflictos,
Con las fuerzas desbandadas,
Con el suelo en sangre tinto,
Con familias entregadas
A feroces asesinos,
Y á la sociedad entera
Saliéndose de sus quicios.»
—¿Qué decís? y el sacerdote
Estaba como dormido,
Con las blancas manos juntas
Sobre su pecho tranquilo.
Al fin entreabrió los ojos

Fijándolos en el Cristo,
 Y con voz tierna y melosa
 De esta manera le dijo:
 «Volved al jefe que os manda,
 Decidle que le bendigo,
 Que la discordia lamento,
 Porque son hermanos míos:
 Que Dios serene las almas,
 Y haga porque brille el juicio:
 Que á mí, mi deber me manda
 Ser con todos compasivo;
 No hablar de cosas de sangre
 Ni contiendas de partidos.
 Que á Dios le pida consejos
 Con el corazón contrito;
 Y que el cielo le dé acierto
 Y le ponga á su servicio.»
 —«Señor, pero eso es posible
 Después de lo prometido?
 ¿No medís las consecuencias?
 —Todo lo tengo previsto.
 —Pero fomentar la lucha,
 Azuzarla decididos,
 Y desertar, y esconderse
 Tras los preceptos divinos
 Que hollásteis con vuestras plantas,
 Arrastrando al precipicio
 A los incautos creyentes,
 Explotando al fanatismo
 En nombre de nuestras creencias
 Y en nombre de Jesucristo?
 —No sigáis, ardiente joven,
 Yo en mi deber estoy fijo,
 Y si viniese la muerte
 Por cumplir lo que os he dicho,
 La miraré venturoso,
 La veré con regocijo,
 Porque traerá entre sus manos
 La corona del martirio.
 Y alzándose de su asiento,
 Con paso infirme y tardío
 Fuése á sus piezas privadas
 Entre rezos y quejidos,
 Dejando al polko en su pieza
 Solitario y aturdido.

VIII

ENCUENTRO

Ebrio de rabia, confuso,
 El desairado emisario
 Dejó la campestre estancia
 Del venerable prelado,
 Previendo en las consecuencias
 De sus propósitos santos,
 Que eran prestar una sogá
 Para un descenso arriesgado,
 Y empujar á un infelice,
 Y para el lance—azusarlo;
 Y al verle en medio á los aires
 Sobre el abismo colgado,
 Romper con mano piadosa
 Y con compunción el lazo.
 La noche tornó caverna
 Enlutada el ancho espacio:
 Y cuando en el Sur cruzaban
 Fugitivos los relámpagos,
 Eran como ojos de fuego
 Que se columbraba en lo alto.
 Terribles, deslumbradores,
 Los que formaban los arcos,
 Del acueducto vecino.
 En la soledad inmensa
 En que reinaba el espanto
 El mensajero de Peña
 Caminaba cabizbajo,
 Cuando brotó de la sombra
 Un bulto, apresuró el paso,
 Y sin esperar un punto
 Dijo: ¿me ofreces, hermano,
 Callar como caballero,
 Aunque te lleven *al palo*?
 —Te lo ofrezco, conociendo
 En la voz á Manuel Payno,
 Pues por mucho que me cuentes
 Esto se lo llevó el diablo.
 ¿Qué te dijo?—Nada.—Nada?
 ¿Recursos?—no hay—pues me marchó:
 En este momento; cerca
 Tengo listos mis caballos.
 Voy á que corte Santa Ana

Viniendo aquí tanto escándalo:
 Le informaré lo que pasa:
 Le diré que tome el mando:
 Que él es el genio del siglo
 Y de los destinos árbitro.
 Te encomiendo mis negocios,
 Pronto vuelvo, nos miramos.
 Y pasado un corto tiempo,
 Y tras un corto intervalo
 Que estuvo en expectativa
 Oyó el absorto emisario
 Volviendo el semblante al Norte,
 El galopar de caballos.

IX

El puñado de valientes
 Que el palacio resguardaban,
 Defensa de nuestras leyes,
 Honra y prez de nuestra patria,
 Ni cesaron un momento,
 Ni abandonaron sus armas,
 Ni el polko deja su puesto,
 Ni Farías su constancia,
 Ni Baz su heroico ardimiento,
 Ni Canalizo desmaya.
 Después de mil peripecias
 Y de peripecias varias,
 Grita México hostigado:
 Viene el General Santa Ana:
 Unos con odio le miran,
 Otros con gozo le aguardan;
 Y que llega á Guadalupe,
 Y que dispone la entrada:
 Y así como entre gozquejos
 Que se acometen y ladran
 Al llegar el mastín fuerte
 Que la riña desbarata,
 Así se escudan y aquietan
 Nuestras nacionales guardias.
 Y el orden se restablece,
 Porque al fin quien manda, manda.
 Y así borró la fortuna
 Esa página de infamia
 Que la guerra de los polkos
 En nuestra historia se llama.

X

CONCLUSION

Siguió su curso la guerra,
 Y las guardias nacionales
 Que oscurecieron sus nombres
 Con sus desasiertos graves,
 Su misión reivindicaron
 En cien heroicos combates,
 Dando testimonio al mundo
 Con sus hechos inmortales,
 Que cuando están en discordia
 El pueblo y los gobernantes
 En toda guerra extranjera
 Para el pueblo son los males.
 Así en Churubusco «Bravos»
 E «Independencia» brillantes
 Ensalzan sus grandes nombres
 Entre los hechos más grandes:
 Así «Hidalgo» en las calzadas
 Resistió recios combates;
 Y del Rey en el Molino
 «Mina», el del nombre gigante,
 Con León y con Balderas,
 Piden sus hazañas graben
 En los fastos de la historia
 Con refulgentes diamantes;
 Y «Victoria», en las garitas
 Vertiendo su heroica sangre,
 Con Béistegui, con Carrasco,
 Jorrín y sus oficiales
 Fueron últimos atletas
 Que en México luchar saben.
 Y juntos los mexicanos
 Su hermosa gloria proclaman.
 Y silencio, que ya inermes
 Vamos á ver el desastre
 Que mutiló nuestro suelo,
 Y dió la victoria al yankee.